



LOS
SICARIOS
DEL
CIELO

RODOLFO MARTÍNEZ

premio minotauro 2005

Remiel, propietario de un bar, es el principal sospechoso de haber iniciado un tiroteo que se ha saldado con cuatro muertos. Sin embargo, durante la rueda de reconocimiento, nadie parece capaz de identificarlo. Poco después un grupo de guerreros japoneses disfrazados de ejecutivos ataca su local. Además, Remiel se siente perseguido por una agente del Mossad y por una orden secreta de sacerdotes católicos. El protagonista debe evitar a sus enemigos y convencer a Paula, la policía encargada del caso, de su inocencia para que le ayude en una lucha en la que está en juego el futuro de la humanidad.

¿Que torpe bestia, su hora al
fin llegada,
se arrastra hacia Belén para
nacer?

WILLIAM BUTLER YEATS

El tacto tiene memoria.

JOHN KEATS

¿Dónde está, muerte, tu victo-
ria?
¿Dónde está, muerte, tu agui-
jón?

I Corintios, 15, 55

Esto es el hombre: horror a
manos llenas,
Ser —y no ser— eterno, fugiti-
vo,
ángel con grandes alas de ca-
denas.

BLAS DE OTERO

**Nunca sabes a qué viejo amigo vas a
conocer**

Lo que ves

Así que te mira y te dice que no ha tenido nada que ver con el asunto. Y tú, claro, tienes que creerlo, pese a que hay media docena de testigos que declaran todo lo contrario, porque ninguno de ellos ha podido señalarlo en la rueda de identificación.

Eso significa que no te quedan muchas opciones. Tendrás que soltarlo, y pronto, y nada importa la convicción que se empeña en afilar sus uñas en tus tripas: careces de pruebas y lo sabes, y él sabe que lo sabes. La certeza de que fue él quien inició un tiroteo que ha dado como resultado final cuatro muertos, siete heridos graves y tres leves no sirve de nada, no cuando dentro de poco, como mucho otra hora, quizá hora y media, tendrás que decirle que puede irse y que ya le llamarán para la vista preliminar.

Él te mira, no aparta sus ojos grises de los tuyos y permanece impassible mientras Rodríguez sigue enviando al aire sus preguntas, como un lanzador de cuchillos con mala puntería. Te mira y sus ojos parecen casi lo único vivo, lo único cálido de un rostro pálido y alargado coronado por un cabello negro veteado de canas, maniáticamente corto, sobre todo en las sienes y la nuca. Su aspecto no es sucio ni descuidado, ni siquiera sombrío pese al color gris oscuro predominante en su ropa: hay en él un halo de pulcritud que raya casi en lo obsesivo. Durante Las pasadas tres horas se habrá movido seis, a lo sumo siete veces, para cambiar de postura o frotarse la palma de una mano contra la otra. Tiene unas manos delgadas, casi delicadas, y tan pálidas como el resto de su piel.

No ha dejado de mirarte durante todo el interrogatorio, como si supiera que tú, y no el incansable Rodríguez, que sigue lanzando sus preguntas inútiles al aire, fueras la persona importante de la habitación. Te mira y son sus ojos, grises y lejanos, pero con una curiosa calidez más presentida que vista, los que hacen que sus ademanes fríos y medidos no lo conviertan en insoportable. No quieres confesártelo a ti misma, pero desde el primer momento en que lo viste lo encontraste interesante y casi lamentaste que todos los indicios lo señalaran como culpable del tiroteo.

Y ahora, cuando parece que va a salir indemne del interrogatorio, igual que salió sin un arañazo de una sala donde las balas habían tejido una tracería casi mortal, estás maldiciéndote a ti misma por no haber podido obtener las pruebas que lo lleven de cabeza a una celda.

Al principio todo parecía muy sencillo. Casi todos los testigos (al menos los que se encontraban en condiciones de hablar) lo señalaban como el hombre que se acercó a Rodrigo Estuardo, perista, proxeneta y proveedor de droga de diseño (aunque nunca habéis podido probar nada de todo eso, por supuesto), y poco después le descerrajó un tiro en la rodilla, prácticamente a quemarropa.

—Sí, un tío alto y delgado, todo vestido de gris —dijo el camarero, que había buscado refugio bajo la barra en cuanto empezaron los tiros—. Estaba tomando algo y de pronto se acercó a Rodrigo. No, claro que no le vi disparar, tengo cosas que hacer, ¿sabe? Hay que ganarse el sueldo. Pero estaba a su lado cuando sonó el disparo. ¿Quién pudo haber sido si no?

Y Clarita, a la que Rodrigo se follaba y golpeaba en días alternos, fue aún más explícita:

—Se acercó a Rodri y empezó a hablar con él como si lo conociera de toda la vida. No, qué va, Rodri no tenía ni idea de quién era, se le notaba en la cara, pero debió de pensar que era algún cliente y no quiso que se enfadara porque no le había reconocido, así que le dio cuerda, a ver

si conseguía acordarse de quién era el tipo, supongo. Y luego él dijo algo sobre que a Rodri le gustaba pegar a las mujeres, menuda tontería, nunca me ha puesto encima una mano en todos los años que llevamos juntos —al decir esto, Clarita se acariciaba el codo y hacía una mueca como si ese gesto ya se hubiera convertido en un hábito y no fuese consciente de que sus propias manos traicionaban sus palabras señalando el objetivo de los golpes de su hombre—, y fue cuando vi que llevaba algo en la mano. No me dio tiempo a ver lo que era, pero tuvo que ser una pistola, porque casi en seguida oí el tiro y Rodri empezó a gritar que aquel cabrón le había matado.

Por si eso no bastara tienes la declaración que uno de los agentes ha obtenido en el hospital del propio Rodrigo, con la rodilla completamente destrozada y atiborrado de calmantes:

—Un hijo de puta, un chiflado, te lo digo yo, tío. Va y viene y se pone a hablar conmigo como si me conociera de toda la vida. Yo ni idea, pero por donde me muevo conoces a gente muy rara y no siempre te acuerdas de todos, así que le seguí la racha, le di palique, vaya. Y de pronto va y me dice que me gusta pegar a las mujeres. Y me lo dice como si estuviera, no sé, en plan confidencial, en tono de amigote, ya me entiendes. Y antes de que pueda contestarle nada veo que tiene una pistola en la mano y... Bueno, puedes adivinar el resto, ¿no? Ya supondrás que no vine a este hospital de mierda a hacerme la estética.

Ni Rodrigo ni Clarita son testigos muy fiables, y lo sabes bien: ninguno de ellos iba a causar muy buena impresión en un juicio, por no hablar de que lo que dijo el otro antes de dispararle en la pierna es completamente cierto: a Rodrigo le gusta pegar a las mujeres y, bastante a menudo, la propia Clarita es buena prueba de ello. Y sospechas, aunque no puedes demostrarlo ni posiblemente podrás jamás, que la hija de ambos ha sido en más de una ocasión víctima de las curiosas aficiones del padre en materia de entre-

tenimiento. Pese a eso sus testimonios, junto con el del camarero y los otros seis o siete testigos que afirman haberlo visto acercarse, deberían ser más que suficientes para que se lo acusara de agresión y puede que hasta de homicidio en grado de tentativa, por no decir nada de los participantes en el tiroteo que han sobrevivido y afirman que el tipo en cuestión se lanzó sobre ellos pistola en mano.

—No hicimos más que defendernos —han dicho uno detrás de otro.

Por supuesto, les espera algún tiempo a la sombra: ninguno tenía permiso para el arsenal que llevaban oculto bajo la ropa y últimamente los jueces no se muestran muy benévolo con la posesión no autorizada de armas de fuego.

Pero, pese a todo, deberías contar con pruebas más que suficientes para enchironar a don Imperturbable y acusarlo de los cargos suficientes para que su pelo no sea otra cosa que canas cuando vuelva a ver la luz del sol.

Sólo que no ha sido así. En la rueda de identificación todos han fallado en señalarlo entre otra media docena de individuos vestidos de gris; de pronto han empezado a dudar, a titubear y su vista se ha desplazado de un lado a otro sin conseguir enfocarla en el hombre que estaba en la misma sala que ellos unas horas atrás y que ahora tienen enfrente. En el hospital, Rodrigo, con una seguridad tan aplastante que hasta él ha conseguido resultar convincente, ha negado que la foto que le mostrasteis perteneciera al hombre que lo atacó. Nadie parece capaz de dar una descripción exacta del tipo en cuestión, más allá de que vestía de gris y (eso dicen los que le oyeron hablar) no alzaba la voz: sus rasgos parecen haberse escurrido por los desagües de su memoria como si todos se hubieran visto atacados por el mismo repentino ataque de Alzheimer.

Ni siquiera la pistola que encontrasteis en el bar os sirve de nada. Por el calibre es casi seguro que fue la que convirtió la rodilla de Rodrigo en una hamburguesa cruda (aunque falta el examen de balística, no tienes la menor duda

de que vaya a dar positivo): pero no hay huellas en ella, ni una sola. Claro que don Impasible pudo haber llevado guantes, pero ¿cómo se deshizo de ellos? No pudo salir del local para tirarlos antes de que llegaseis y, desde luego, es poco probable que se los haya comido.

Así que tendréis que dejarlo marchar, y eso hace que te rechinen los dientes. No importa que Rodrigo esté mucho mejor en un hospital que en la calle, o que la mayoría de los muertos fueran matones a los que nadie va a echar de menos. No. Eso es trivial. Lo que importa es que este tipo ha quebrantado la ley, ha herido seriamente a una persona y es posible que matado a dos o tres más y dentro de poco saldrá por la puerta de la comisaría tan inocente como un recién nacido. Como mucho podréis citarlo como testigo cuando la causa se instruya, pero nada más.

—Yo he terminado, Paula —te dice Rodríguez, cuyo repertorio interminable de preguntas parece haberse acabado por fin—. ¿Tienes algo más que preguntarle?

Te acercas a él. Ha vuelto a cambiar de postura, cruzando una pierna sobre la otra y con los dedos de las manos entrelazados. Continúa mirándote y el asomo impreciso de una sonrisa flota fugaz en la comisura de sus labios.

—Sólo una cosa —empiezas, aunque en realidad no se te ocurre qué decir.

Rodríguez ya ha cubierto con su meticulosidad habitual todo el abanico posible de preguntas y no ha servido para nada. Pese a todo sientes la necesidad de hablarle, de hacerle comprender que no te ha engañado ni por un momento y que en cuanto cometa un solo error saltarás sobre su cuello.

—No tenemos ningún cargo contra usted, aunque supongo que eso ya se lo habrá dicho mi compañero.

Él asiente.

—No sé por qué hizo lo que hizo. A lo mejor se cree una especie de vengador justiciero. No me importa. Ni me importa tampoco cómo se las ha arreglado para que los

demás implicados no pudieran identificarlo o para no dejar huellas en el arma. Pero escuche una cosa: yo sé lo que hizo. Y si lo vuelve a hacer acabaré con usted. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, agente. —Y por primera vez su voz suena distinta. Tranquila, por supuesto, igual que ha sonado durante las pasadas horas, pero hay en ella una calidez que antes estaba ausente—. La entiendo del todo. Créame si le digo que siento el mayor de los respetos por su trabajo y que lo último que deseo es ser una molestia para usted.

—Y un carajo —respondes.

Y te das media vuelta y le dices a Rodríguez que le devuelva sus cosas y lo deje marchar después de firmar una declaración.

Sales de la sala de interrogatorios hirviendo de furia. El muy cabrón no sólo va por ahí pegando tiros impunemente sino que encima se te ríe en las narices. Muy bien, de acuerdo, eso vamos a verlo, piensas, y te detienes en medio del pasillo. Te das cuenta entonces de que todos te miran, de que tu rostro debe de ser una máscara de frustración y tu respiración un jadeo de rabia. Así que procuras tranquilizarte, te acercas a la máquina de café y te sirves uno, tratando de no pensar en otra cosa que en el sabor metálico de la bebida caliente que se desliza por tu garganta.

Cuando vuelves a la sala de interrogatorios, Rodríguez ha hecho lo que le has pedido y el tipo ya está en la calle.

—Un cabrón listo, ¿eh? —te dice.

—Ya veremos —respondes.

Rodríguez se limita a enarcar una ceja y te deja sola en el pequeño cubículo de paredes ísonorizadas. Te sientas en la mesa, sacas un cigarrillo y, a medida que lo vas consumiendo, consigues calmarte.

Nadie se ríe de mí, piensas. Nadie. Hace tiempo que no, al menos. Y ese tipo no va a ser una excepción.

Las máscaras del drama

Aquella noche Paula se acostó de mal humor. Ni siquiera la inverosímil pareja de policías que Gibson y Glover representaban con convicción consiguió tranquilizarla como había hecho siempre, y apagó el televisor a mitad de la película. Se metió en la cama con la seguridad de que no lograría dormir y, en efecto, pasó la mitad de la noche dando vueltas malhumoradas entre unas sábanas que se habían convertido en un territorio hostil. Luego, no recordaba cuándo, su mente se rindió y descendió los primeros peldaños del sueño casi con prisa, como si quisiera aprovechar al máximo las horas que le quedaban antes de que el despertador la sacara de allí con su pitido irritante.

Soñó con un pueblo bajo las estrellas, en una noche que no parecía terminar jamás, como si el sol aún no hubiera sido construido. Soñó con una tormenta de nieve, de la que salía un desconocido alto, delgado y pálido que se le acercaba.

—¿Otra vez tú? —le decía.

Y Paula ignoraba de qué estaba hablando, pero cuando las manos del desconocido recorrían su cuerpo reconocía aquel toque, como si su tacto tuviera memoria más allá de sus recuerdos conscientes.

Fuera los lobos aullaban y la luna era un juguete hinchado a punto de reventar. Y Paula y el desconocido volvían a ser amantes, rivales, enemigos, como lo habían sido siempre, como siempre lo serían.

Despertó mucho antes de que sonara el despertador, con el recuerdo del sueño claro y preciso en su memoria.

Miró la hora sobre la mesilla de noche: demasiado temprano para levantarse, demasiado tarde para volver a dormir. Permaneció acostada, con la luz del flexo como única compañía, saboreando las imágenes del sueño como los restos de una comida agradable que aún permanecen en nuestra boca.

Hasta que sonó el despertador no recordó que en el sueño ella era un hombre.

Odiaba el gentío que se arracimaba en los aeropuertos, como hormigas indecisas en un hormiguero, buscando una entrada que habían olvidado. No soportaba el rumor de las conversaciones casuales, la falsa cordialidad de los empleados de las líneas aéreas ni la arrogancia mal disimulada de los policías. Era un misántropo, lo sabía, y sabía que había sido educado para serlo casi desde su nacimiento. En realidad le gustaba ser así.

Por esa misma razón cada encuentro con su hijo lo hacía sentirse incómodo. Ya el mismo hecho de relacionarse con un extraño que había robado parte de sus rasgos resultaba inquietante, pero lo que en realidad le incomodaba era la grosera extraversión que el joven Vito había adoptado casi como una bandera.

Alzó la vista mientras terminaba de liar un cigarrillo: el vuelo llegaría al cabo de otros quince minutos, otro interminable cuarto de hora de espera entre desconocidos por los que no era capaz de experimentar compasión. Era un pecado, quizá su único pecado en una vida entera dedicada al servicio de Dios, pero a veces temía que esa única falta le impidiera la visión del Cielo. ¿Acaso no lo había dicho San Pablo: «si no tengo caridad, no soy nada»?

¿No es suficiente con cumplir lo que se espera de mí?, pensó. ¿Con actuar y obedecer sin permitirme dudas ni vacilaciones?

No, Dios no se conformaba con poseer los actos y los pensamientos de Sus criaturas: sus emociones también debían ser Suyas y en eso, lo sabía bien, había fallado. No sentía amor, no lo había sentido nunca, ni por sus compañeros ni por los extraños que abarrotaban el aeropuerto; y desde luego, mucho menos por su hijo.

Encendió el cigarrillo y aspiró su humo acre y casi desagradable como si estuviera recibiendo una transfusión. Durante un instante no hubo otra cosa que el cigarrillo y él mismo: el humo en sus pulmones, el tacto del papel de liar en la comisura de sus dedos, las volutas de un gris amarillento que se elevaban en dirección al extractor de aire, la mancha en su índice que delataba más de cuarenta años de vicio. Pero el momento pasó como había llegado y de nuevo fue un hombre que abandonaba la mediana edad casi con prisa y se encontraba solo en mitad de un aeropuerto repleto de gente.

Terminó el cigarrillo y ya liaba otro cuando los altavoces anunciaron la llegada del vuelo de su hijo. Aún disponía de unos minutos: tendrían que desembarcar, recoger el equipaje y pasar por la aduana, así que podía fumar éste con tranquilidad. Sin embargo no lo hizo. Deshizo el delicado cilindro casi con saña y esparció la picadura sobre el cenicero. Echó a andar fuera de la zona de fumadores, evitando mirar fijamente a ningún punto frente a él. Nadie encontró nada raro en aquel hombrecillo de espaldas cargadas y andar extrañamente decidido. El alzacuellos no llamaba demasiado la atención en una ciudad como Roma, repleta de sacerdotes.

Poco después se encontraba contemplando a un inquietante reflejo de sí mismo que lo saludaba con una amplia sonrisa mientras atravesaba la puerta automática. Vito era más alto que él, más ancho de hombros y con más vitalidad de la que él había tenido jamás, pero su rostro lo delataba casi como un estigma.

—El Señor esté contigo —dijo el joven al llegar a su altura. Hablaba en italiano.

—*Et cum spiritu tuo* —respondió él usando el latín de sus años de seminario—. ¿Has tenido un buen vuelo? —preguntó después en italiano.

Vito se encogió de hombros.

—Rutinario.

—¿Y la misión?

—Llevada a buen término. Con la ayuda de Dios, naturalmente.

La voz de Vito siempre estaba al borde del sarcasmo cuando hablaba del Creador; pero nunca daba el paso definitivo, y él no se atrevía a comentarle nada.

—Estarás cansado.

—No mucho.

La conversación parecía haberse agotado de repente, como le sucedía cada vez que tenía que soltar el racimo de trivialidades que componían los primeros minutos de charla entre dos hombres.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó de pronto Vito, ahorrándole el esfuerzo de tener que sacar el tema por sí mismo.

—En realidad sí.

Vito asintió, recogió la pequeña y pulcra bolsa de viaje que era todo su equipaje y señaló en dirección a la salida.

—¿Qué tal si me lo cuentas de camino a la ciudad?

Él asintió y ambos recorrieron en silencio los metros que los separaban del aparcamiento. Al llegar a él Vito no pudo evitar una sonrisa ante el viejo y destartado Volkswagen.

—¿Cuándo lo cambiarás por un coche decente? —preguntó, como hacía siempre que veía el coche de su padre.

—Es un clásico —respondió él, también como hacía siempre.

—No. Sólo es una antigualla.

Se encogió de hombros y subió al coche. Le abrió la puerta a Vito y lo observó disimuladamente mientras entra-

ba y se colocaba el cinturón. Alto, pulcro, con un toque de arrogancia que estaba siempre al borde mismo de lo evidente. Eso unido al sobrio traje negro y al alzacuellos tenían que hacerle irresistible para el otro sexo. Se preguntó, no por primera vez, cuántas veces su hijo habría desperdiciado su esperma sin más propósito que satisfacer sus deseos animales. Nunca se lo preguntaría, y desde luego Vito jamás se lo iba a decir: hacía tiempo, casi desde la adolescencia, que había dejado de confesarse con su padre.

—Ya estás en edad de procrear —dijo. Era lo más cerca que estaría nunca de comentar el tema.

—Lo sé —respondió el joven, lacónico, mientras sacaba un paquete de tabaco rubio y encendía un cigarrillo—. ¿Quieres uno? Negó con la cabeza. El tabaco rubio en la boca de un hombre siempre le había parecido una suerte de perversión, un extraño indicio de afeminamiento.

—Hay varias hermanas que estarían dispuestas... Fue interrumpido por un nuevo y lacónico:

—Lo sé.

—Bien. Sólo quería asegurarme.

Vito apagó el cigarrillo y sonrió, pero ahora no había alegría en su sonrisa.

—No, padre, tú nunca quieres «sólo» algo. Pero no te preocupes. En su momento tendré descendencia y nuestra rama del árbol no se marchitará. En su momento. No cuando tú lo creas conveniente. —De acuerdo.

El tráfico, como siempre, era endemoniado, y posiblemente el pequeño Volkswagen era el único vehículo en toda Roma que respetaba los semáforos. En realidad eso no hacía más que aumentar el caos circulatorio.

—¿Y bien? —preguntó Vito—. Me dijiste que había noticias.

—Esta mañana he hablado con la autoridad.

—Ya veo.

—Tenemos una misión. Una que quizá sea la más importante de nuestra vida.